

grumetes

Josep L. Badal

Juan Plata.
El misterio de los piratas

Ilustraciones

Jordi Lafebre

50° PREMIO JOSEP M. FOLCH I TORRES

laGalera

Primera edición: marzo del 2013

Primera edición en esta colección: junio del 2014

Esta novela ganó el 50º Premio Josep M. Folch i Torres de novela infantil de 2012

Diseño de la colección: Mariano Rolando

Maquetación: Marquès, SL

Título original catalán: *Jan Plata. La crida dels pirates*

Edición: David Monserrat

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Josep Lluís Badal, 2013, del texto

© Jordi Lafebre, 2013, de las ilustraciones

© Marcelo E. Mazzanti, 2013 de la traducción

© La Galera, SAU Editorial, 2014, de la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf SL

Mogoda, 29-31 Polig. Can Salvatella

08219 Barberà del Vallès

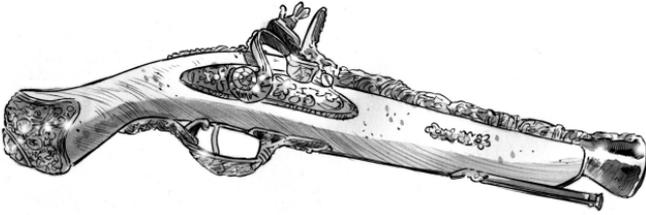
Depósito legal: B-1.241-2014

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5223-4

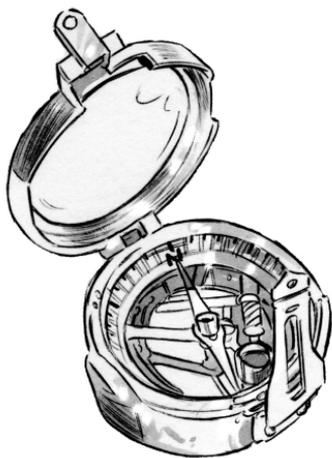
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

*A Pau y Laia.
A todos los Juan Plata del mundo.*



La mayor alegría de un ser humano
es decir 'sí' a los regalos del día.

PÍNDARO, Olímpica I



ÍNDICE

CAPÍTULO I. El mar. El huérfano. La campana	7
CAPÍTULO II. El marinero de sal. La llegada	19
CAPÍTULO III. La prueba de paternidad. Cacho Sable	39
CAPÍTULO IV. Más retos. Más sorpresas. Caracortada	55
CAPÍTULO V. El mar. Descubrimientos. La madre	71
CAPÍTULO VI. Luces de la noche	85
CAPÍTULO VII. Partida. Encuentros. Los autómatas	105
CAPÍTULO VIII. Nuevos conocidos. El entrenamiento. Thalos	121
CAPÍTULO IX. Combate. Leonardo. Desapariciones	141
CAPÍTULO X. «No te fíes de la luz de la noche»	149
CAPÍTULO XI. La explosión. En el fondo del mar. El camarote	163
CAPÍTULO XII. El día siguiente. Caminos. El mar	177

CAPÍTULO I
EL MAR.
EL HUÉRFANO.
LA CAMPANA

Quiénes somos? ¿Qué nos pasará mañana? ¿Y dentro de un año? Nadie puede responder con certeza a estas sencillas preguntas. Sabemos cómo es la flor de hoy, pero ¿y cuando hayan pasado tres días? Quizás siga en el árbol como una pequeña llama blanca, o quizás haya caído al suelo y se haya confundido con el gran río de barro. Tal vez se haya convertido en una fruta dorada o, llevada por el viento como una gaviota, haya volado mar adentro...

Esta es la historia de Juan Plata. Aún era un niño, pero aprendió que cada vez que amanece el mundo puede convertirse en una nueva maravilla, recién hecha, como un pan sacado del horno.

Era el primer día de primavera del año dos mil... El sol se ponía y Juan Plata, de cara al mar, se hacía preguntas que no tenían respuesta: «Qué nubes más bonitas... ¿A dónde irán?».

Pronto oscurecería del todo. La luna, parecida a un ancla, surcaba el cielo. A su lado brillaban Júpiter y Venus. Juan Plata miraba al horizonte; pronto se habría desvanecido. Imaginaba que un día apareciese un barco deportivo, una pequeña lancha motora o una balsa de náufrago. Que se bajase un hombre sonriendo, lo abrazase y le dijese: «¡Hola, soy tu padre! ¡Perdóname por haber tardado tanto!». No tenía por qué ser un hombre alto o fuerte, ni siquiera divertido. Hasta podía ser barrigón y de lentos movimientos; solo tenía que ser su padre y quedarse a vivir con ellos.

Juan Plata vivía con su madre en una pequeña casa que había sido de pescadores. Situada a las afueras del pueblo, en una pequeña colina de piedra, pinos y agaves, la casita miraba al mar. Era blanca, tenía las ventanas pintadas de azul y, en lo alto, alguien había construido una pequeña torre. En ella apenas cabía una persona agachada, pero desde allí podía contemplarse el horizonte marino. Quizás había sido una torreta de vigilancia del siglo en que los piratas habían atacado el pequeño pueblo. Aún conservaba una campana, una curiosa campana dorada que la madre de Juan Plata cuidaba mucho y que él tenía prohibido tocar.

—¿Por qué no puedo tocarla? —preguntaba a veces el niño.

La madre respondía: «Lo sabrás cuando llegue

el momento», que era una forma de no contestar.

Al anochecer, sentado en la playa, Juan soñaba. Sentía un vacío en el pecho. Cuando salía la luna, el vacío se hacía más doloroso y se llenaba de una melancolía extraña. Entonces Juan se dejaba llevar por la imaginación, por la música silenciosa que emana del mar y de los niños solitarios, y por las preguntas sin respuesta.

Cuando se sentía así no soportaba tener a nadie cerca. Solo al viejo Néstor.

El viejo marinero se acercaba cuando la melancolía de Juan Plata empezaba a ser tan dolorosa que las gaviotas se apartaban de él. El hombre se sentaba a su lado silenciosamente, encendía su pipa azul como el lomo de una ballena y empezaba a hablar como si estuviera solo. Siempre le contaba cosas del mar: barcos y capitanes, viajes y naufragios, animales magníficos y tormentas, traiciones y actos heroicos. Lo contaba todo con tanto detalle que un día Juan abrió mucho los ojos, señaló el horizonte y dijo:

—¡Abuelo Néstor, allá, en el horizonte! ¡Una goleta! —Y, cerrando un ojo, añadió—: Diría que del siglo XVIII.

Y es que aquel pequeño marino en sueños amaba todo lo que tuviese que ver con el mar.

El viejo se sacó la pipa de la boca, sonrió y dijo:



—Tienes mucha imaginación, chanquete... Puede que fuese una nube... o quizás...

—¡Oh, pero fíjate! ¡Ahora está izando las velas!

El viejo volvió a encender la pipa, que siempre se apagaba.

—Pif, pif... Quizás sea que pronto verás una goleta de verdad, y lo que has visto ahora ha sido un aviso...

Aquella primera noche de primavera, el viejo Néstor también había acudido.

—¿Hacia dónde irán las nubes, abuelo Néstor?

El hombre sonrió, con la pipa color ballena en la boca.

—Abuelo Néstor... ¿conociste a mi padre? A veces me pregunto si estará muerto...

Se oyó un fuerte salpicón en el agua, como si hubiera saltado un pez, y una risa infantil.

—¡Abuelo! ¿Qué ha sido eso...?

Pero el viejo ya se había levantado.

—¡Vamos, molusquillo! Podría darte alguna respuesta, pero prefiero que no me hagas preguntas. Ahora voy a encender la pipa pequeña, la de la noche. Y eso quiere decir que tienes que irte a cenar, ya lo sabes.

—Pero, abuelo...

—¡Pif, pif! —contestó la pipa del viejo.

Durante unos segundos más el viejo Néstor tuvo dos pipas en la boca, la de día y la de noche;

era la hora del crepúsculo. Juan Plata le miraba la enorme cicatriz que tenía en la frente, pero sabía que ya no debía preguntar nada más. La luna había palidecido; parecía una diosa en medio de un lago azul. Sobre el mar, su reflejo se transformaba en un camino plateado e incierto. Venus y Júpiter se miraban entre sí y brillaban cada vez más. Parecían inmóviles, pero en realidad se movían a gran velocidad por el espacio. ¿Hacia dónde irían?



La madre de Juan cantaba tan bien que el tejado de la casa se llenaba de gaviotas que la escuchaban. Ni una sola de ellas hacía ruido, y, cosa aún más curiosa, ninguna depositaba sus excrementos en el tejado. De vez en cuando alguna alzaba el vuelo y volvía al cabo de un rato con el vientre más vacío.

A veces Juan se dormía sobre la tarea de la escuela porque su madre se había puesto a cantar en la cocina. Su voz era dulce como la leche con miel y parecía que pudiese atravesar cualquier objeto como un delfín atraviesa una ola. A menudo venían a buscarla para que calmase el insomnio de un enfermo o las últimas horas de un moribundo. Cantaba en una lengua extranjera que nunca nadie había reconocido, y con unas melodías que tenían la virtud de hacer revivir las mejores horas de la



vida de quien las escuchaba. Si mientras cantaba miraba hacia abajo, quien oía la canción recordaba su pasado. Si miraba hacia arriba, quien la oía vivía por adelantado los ratos de alegría que le quedaban.

Se llamaba Amina, cantaba donde le pedían y siempre se negaba a cobrar ni un céntimo. Solo pedía, a cambio de su canto, un vasito de agua con una gota de limón y una pizca de sal. «Me recuerda el mar del país donde nací», decía para justificarse, «y así canto mejor».

Tenía la piel muy clara, los cabellos tan negros que bajo el sol parecían azules, y los ojos más curiosos del mundo: azul marino y verde esmeralda, con aguas del color del coral rosado; y todo lo miraban. Solo tenía tres vicios: los calamares a la romana, levantarse muy tarde los domingos y salir de casa a medianoche cuando había luna llena; entonces se iba a nadar, ya fuera invierno o verano.

A veces la acompañaba la señorita Svetlana. Era una maestra delgada, alta y de movimientos dulces, que impartía la asignatura de Ciencias Naturales en la escuela Galatea, la única que había en el pueblo. No se parecía en nada a la madre de Juan salvo en el color de los ojos. Pero los de la señorita Svetlana tenían aguas violetas en vez de rosadas. En cambio, las dos reían mucho cuando estaban juntas, y ante extraños hablaban siempre en voz

muy baja, como los amigos de infancia o quienes comparten un antiguo secreto.

Aquella noche de primavera, la señorita Svetlana salía de la casita cuando Juan llegó con el viejo Néstor.

—Adiós, abuelo Néstor —dijo la maestra sin apenas mover los labios.

—¡Pif, pif! —sonrió la pipa del viejo. De esta salió una nubecilla que, bien mirada, podía tener forma de pez.

La maestra había ido a pedir ayuda a la madre



de Juan para la Fiesta de la Primavera de la escuela. Amina trabajaba en un taller de costura y seguramente ayudaría a bordar algunos de los regalos para el concurso de padres. Era tradición que en ese día se hicieran bailes, juegos, actividades para los niños y un concurso para los padres.

El concurso era una antigua tradición que venía de cuando en el pueblo solo había pescadores y campesinos. Una vez al año se juntaban y ponían a prueba su fuerza, valentía y habilidades. Después venían la comida, el baile, algún amor clandestino y, a veces, alguna pelea.

Mientras ponía la mesa, Juan, que ya sabía la respuesta que iba a recibir, preguntó:

—¿Este año vendrá «él» al concurso de padres?

—Pero ¿cómo quieres que venga, hijo mío? —dijo bruscamente la madre.

Juan suspiró y miró por la ventana. Ya era negra noche y la Luna parecía alejarse de la Tierra. Se le cayó una servilleta de las manos: ¡ploc!, sonó la argolla de madera.

La madre acarició suavemente la cabeza del chico.

—Tu padre no vendrá al concurso, Juan, ya lo sabías. Lo siento. Algún día... tu padre...

—¿Cuándo me lo vas a contar? ¡Con solo que me dijese si está muerto... o si estáis separados!

La madre miró también por la ventana. Pero ella miró hacia abajo, hacia el mar, hacia los faroles de

las barcas nocturnas. Aquellas lucecitas indicaban que, en plena oscuridad líquida, había unos hombres frágiles que trabajaban.

—Espero que pronto —murmuró la mujer.

¡»Pronto»! Esa era la palabra que más odiaba Juan Plata. Y la que oía más a menudo. Porque «pronto» quería decir «aún no», y ya hacía años que él esperaba que llegase ese «pronto». Huyó por la pequeña escalera de piedra que subía hasta la torreta. Su madre le siguió:

—¡Juan! Si tu padre pudiese... ¡Él te echa tanto de menos como tú a él!

—¡Oh, calla, mamá, por favor! ¡Basta ya!

Subió hasta arriba del todo. Tenía las mejillas inflamadas. Era una noche plácida y el mar susurraba dulcemente sobre la arena. Dejaba conchas que quizás nadie vería nunca y que se desharían con los años, las olas y el olvido. Algunas habían pertenecido a moluscos muy orgullosos de sus colores y su fuerza.

—¡Padre! —gimió Juan Plata.

Una brisa suave hizo temblar la campana. Su madre le había prohibido tocarla. También le había hecho prometer que, si alguna vez se encontraba en serio peligro (pero tenía que ser serio) la haría sonar bien fuerte. Enfadado, Juan tiró de la cuerda, reseca a causa del sol y la salinidad del aire.

—Padre... —suspiró.

«¡Nang!», hizo la campana.

Juan Plata se echó a llorar. Se sentía estúpido. No era el concurso de padres del colegio lo que le dolía. Eran las horas de soledad que había pasado en la playa pensando en aquella ausencia.

Se secó los ojos. No quería que su madre le viera y creyese que tenía un hijo malcriado.

—Padre, ven.

Pareció que de alta mar llegase el sonido remoto de una campana de señales. Cuatro repiques que atravesaron la oscuridad: quizás avisaban de algún escollo, o quizás respondían «pron-to, pron-to». Pero qué sabemos nosotros.

Esa noche, seguramente, Juan volvería a tener el mismo extraño sueño que se le repetía desde que alcanzaba a recordar: una tempestad, la oscuridad, una batalla cruenta que se oye a lo lejos, un ahogo angustioso y, de repente, una luz. Un pequeño punto de luz blanca que invita a ir hacia ella, que conforta, que salva, que podría salvar a la humanidad entera, y que crece alegre.

Su madre cantaba, el mar cantaba, y Juan se dormía. Había pasado el primer día de primavera y pronto florecería un nuevo día en el horizonte. Unas cuantas nubes surcaban el cielo, invisibles. ¿Hacia dónde irían?

Siempre hacia casa, porque su casa es el mundo entero.